UNA VILLA ESPAÑOLA

- Villaviciosa -
(Asturias).

HACE CUARENTA AÑOS.

PUBLICADO

por
Plácido Fore y Heviá.

EN LOS NÚMEROS DE EL TIEMPO CORRESPONDIENTES

AL 22 Y 23 DE JULIO DE 1872.

MADRID.
Imprenta de Berenguillo, Huertas, 70.
1872.

El pueblo y las costumbres que hoy me place describir no tienen nada extraordinario ni excepcional. Son pura y simplemente recuerdos; esos recuerdos á que somos tan aficionados los que ya dejamos atrás el cabo de Buena Esperanza, despues que ha sido para nosotros el cabo de las Tormentas.

Espero, sin embargo, algo, describiéndolo: espero que los jóvenes tendrán algo que aprender y algo sobre que meditar, al recorrer la descripcion de tiempos y de espacios que, por lo desconocidos hoy, participan de los tiempos y de los espacios imaginarios, y que mis contemporáneos encontrarán verdad en las descripciones, pues mi pueblo puede servir como tipo de todos los pueblos del reino, al ménos en lo relativo á sus costumbres.

I.

Dos solas calles, que se unen y se pierden en una plazoleta, le daban y le dan aún, segun algunos poco benévolos habitantes de otros próximos pueblos, la forma de unos pantalones; pero su posicion le compensa de la escasez de caserío. Siempre le tuve irresistible apego; ahora, que he recorrido la mayor parte de la superficie del mundo civilizado, sin hallar un solo valle que iguale en feracidad y hermosura al que circunda mi pueblo, el apego tornóse en adoracion, y empiezo á comprender los padecimientos nostálgicos.

Enciérrase este valle, de legua y media de extension y como media de anchura, entre elevadas montañas, siempre verdes y cubiertas en gran parte de espesos bosques; serpentéale un arroyo que, al aproximarse al mar, se convierte en las horas de las mareas en navegable rio. Las vertientes y las cumbres de las montañas están ocupadas por deliciosas casas de campo, con bosques que las cubren como espesas cabelleras, y prados que les forman verdes faldas. Nada hay allí que no esté cubierto de lozana vegetacion, si se ex-

ceptúa la cantera que suministra sus piedras á la construccion, y la parte del Océano que se descubre en lontananza.

Una pequeña iglesia, bizarro recuerdo de los primeros tiempos de la Reconquista, no bastaria seguramente al diario alimento religioso de aquellos habitantes; pero las muy espaciosas de un convento de clarisas y de otro de franciscanos suministraban diarias misas y otras devociones á aquellas almas recogidas y sosegadas.

Era tan pobre el convento de monjas, en la época á que aludo, que despues se aseguró que los 4 rs. diarios, señalados á cada una cuando se les quitaron sus bienes, superaban al producto de éstos. Y, sin embargo, allí se refugiaban muchas distinguidas señoritas, heridas por el rayo de la desgracia ó llamadas por santa vocacion; y allí vivian en tranquila alegría mística, tan superior á otras alegrías más bulliciosas. ¡Cuántas veces apagué insensatos latidos del corazon en sencillas conversaciones con aquellas escogidas! Visitábaselas generalmente de diez á once de la mañana, es decir, antes de su frugal comida; y la apacible demandadera Benita—encargada de los negocios exteriores de aquel pequeño Estado—trasmitia con más cariño á la madre tornera el anuncio de una visita, que los canastos colmados de provisiones que los vecinos pudientes les regalaban, y no sin reciprocidad, porque cuando habia un enfermo de peligro en la

villa poníanse las madres en oracion, y si no proporcionaban siempre completo alivio, proporcionaban, sin falta alguna, el grande alivio de la esperanza.

El convento de padres franciscos estaba situado en una colina y aislado por un pequeño muro, sin más comunicacion que una abertura que habia que atravesar cruzando los pies sobre una verja que impedia el ingreso de animales en el recinto. Una vez dentro de él, ¡qué santa tranquilidad y reposo! En aquella época construíase un gran retablo, hecho todo por los hermanos legos, y éramos varios los que íbamos á presenciar los trabajos y á entretenernos en sabrosas pláticas con los padres seráficos. Los habia para todos los gustos. Era guardian el P. Trutiño, un austero y virtuosísimo anciano, que el pueblo respetaba como si lo creyese predestinado á los altares: tal era la ejemplaridad de su vida; habia allí un P. Ron, á cuyos sermones—en los que brillaba principalmente por la dulzura de sus frases—acudian las gentes de muchas leguas á la redonda; y sobre todo habia para los niños un regordete y decidor fray Miguel, que era la alegría del convento y que nos preparaba á la primera comunion con inocentes juegos y con historietas tan morales como interesantes.

Además del pasto espiritual, daban los conventos al pueblo un grande ejemplo de resignacion y de humildad, que no era ciertamen-

te perdido; y eran algunos de los padres, en determinadas familias, el paño de lágrimas de todos los dolores y los amigos que arreglaban las más trascendentales disidencias. ¿Qué mucho que todos los vecinos que podian hacerlo entregasen diariamente al hermano lego algun alimento para la comunidad?

Cada dia de la semana marcaba un socorro especial. Un dia se les daba pan, otro huevos, y así de los demás. Solo habia una excepcion, y eran los viernes, dia en que los padres regalaban á sus favorecedores una suculenta morcilla, hecha con sangre de carnero, y que, sin duda por este motivo, tenía el nombre de *sangrecilla*. La llegada de este regalo á las familias se celebraba como un acontecimiento: se probaba, se comparaba con las anteriores, y hasta se queria adivinar el cocinero que la habia confeccionado.

Por otra parte, las limosnas que se hacian al convento recaian sobre todo el pueblo; pues diariamente daban los padres á los pobres *todo lo que poseian* y no les era indispensable para vivir, estableciendo así el único socialismo posible, práctico y tranquilo.

II.

El ejemplo y la influencia de los conventos daban cierta austeridad á la villa, pero no excluian de ella las naturales alegrías, y solo servian para templar las excesivas que inspirar pudiera la exuberancia de vegetacion y de vida que por do quier se notaba.

La villa brota como de un canasto de flores. Sus principales habitantes eran propietarios, ó mejor dicho, poseedores de pequeños mayorazgos, nobles *de solar conocido y de armas poner y pintar;* siendo tal la nobleza de la villa, que en una estadística, formada en el siglo XVI, figura con 24 vecinos nobles y 16 del estado llano. Hace cuarenta años estos últimos habian tomado mayor desarrollo. Componíanse de los criados de aquellos señores, establecidos en el pueblo, de hortelanos, de dos ó tres merceros—que no necesitaban más aquellas sencillas costumbres—y de menestrales, entre los cuales se hacian notar como sastres y zapateros los descendientes de un rezagado del ejército francés, que allí se habia establecido, y cuya nacionalidad pregonaban lo blanco de su tez, lo abundante de sus carnes y el sobre-

nombre de alemanes que se les daba, despues de haber renunciado, por imposible, á pronunciar su apellido.

Los hortelanos eran los que tenian mayores ocupaciones. Las casas, cuyo respaldo daba al campo, tenian todas lindas huertas, algunas de las cuales se extendian hasta las antiguas murallas del pueblo, que se veian así coronadas de flores.

Todavía recuerdo con placer *las dulces horas, por mi mal perdidas,* que con el vizconde de Chateaubriand y otros de mis autores favoritos pasé en un cenador formado con mirto y madreselva, en una de esas huertas, que participaban mucho de jardines y habian recibido útiles reformas bajo la direccion de sacerdotes franceses, emigrados de la primera revolucion de su país y acogidos allí con cristiana hospitalidad. Subian desde la huerta, á festonear anchos balcones. lozanas parras que daban fresco y sombra á grandes habitaciones; y abundantes frutales permitian que nos hiciésemos los niños populares, entre otros niños pobres, arrojándoles frutas desde las almenas que en otro tiempo habian arrojado proyectiles á los sitiadores.

III.

En el ángulo formado por la confluencia de las dos únicas calles del pueblo brotaban sendas aguas de una linda fuente; y corriendo las sobrantes por una de aquellas calles, suministraban abundante riego á parte de las huertas, por medio de pequeñas presas, que por dias alternados colocaban los vecinos, lo cual bautizaba la calle con el nombre de *calle del Agua*, mientras—por antítesis—se denominaba la otra *calle del Sol*.

Enfrente de la fuente estaba colocado un *Ecce-homo:* no es seguramente una obra de arte, así como dista mucho de perfeccion literaria esta cuarteta que en el cuadro se lee:

«Tú, que pasas, miramé,
contempla un poco mis llagas,
y verás cuán mal me pagas
la sangre que derramé.»

Pero es lo cierto que ninguno de los famosos cuadros que despues he admirado, ni de los magníficos versos que he leido, me causaron tanto efecto, se fijaron tan indeleblemente en mi alma, ni se me aparecieron jamás en mis horas de dolor, como aquel imperfecto cuadro y aquellos imperfectos versos.

IV.

El aspecto del pueblo correspondia á lo que llevamos descrito: no habia aceras ni alumbrado, y los serenos hubieran sido completamente inútiles. Grandes perros, vagando por los patios, tenian el encargo de avisar los peligros; pero estaban tan de más como algunos empleados y algunas juntas facultativas que tienen que promover dificultades, convirtiéndose en *dificultativas*, para demostrar su utilidad; y aquellos perros se entretenian en ladrar á la luna.

En la feliz armonía que entre todos reinaba no ocurrian jamás grandes disidencias, y si por casualidad se armaba alguna pelotera, la voz de *¡Favor al rey y á la justicia!* dada por el merino Alonso, apaciguaba todo desórden y hacía que se descubriesen todas las cabezas.

Los asuntos oficiales eran desempeñados por los señores regidores perpetuos, entre los cuales se nombraba el juez primero—que así se llamaba entonces al alcalde—y un segundo de entre los demás vecinos, para los asuntos de los pertenecientes al estado llano. Ha-

bia, como sucede siempre, dos individuos que tenian más aficion que los demás á estos quehaceres, y entre ellos alternaba siempre la vara de justicia, marchando así las cosas con una regularidad tal que bastaba una sola persona para los cargos de secretario y escribiente del ayuntamiento, y le sobraba tiempo para desempeñar además la oficina de la comandancia de los voluntarios realistas. Esta regularidad se notaba en todo; que hasta las sepulturas de la iglesia estaban señaladas por familias y vinculado el derecho de llevar las varas del palio en las procesiones, entre aquellos que mayores servicios habian prestado á la religion.

V.

No faltaba en el pueblo una cárcel, casi siempre vacía, ni un hospital, con rentas cortas, pero sobradas para las necesidades ordinarias. No eran éstas muchas: los alimentos estaban tan baratos y eran tan abundantes que, llevando las cocineras á la plaza, en las familias más numerosas y pudientes, dos pesetas en cuartos, no volvian nunca con la bolsa completamente vacía; si bien es verdad que la mayor parte se suplia con las muchas provisiones de que rebosaban las despensas.

Llenábanse éstas en las marcadas estaciones, y contribuia sobre todo á llenarlas la suculenta matanza, que llevaba el nombre de San Martin: de las cosas de menor importancia se proveian los miércoles y los domingos, dias invariables de mercado. Inundaba éste todo el pueblo, y ocupábale, entre otras cosas, con las tiendas que enmedio de la plaza armaban las hijas de Pas, y con los zapatos de madera que construian los hijos del pais; llegando á tal punto la benevolencia de aquellos habitantes que de un mercado á otro guardaban gratuitamente en sus casas los ajuares de los mercaderes.

VI.

Los dias y hasta las horas se hallaban metodizados por un patron uniforme: levantábanse los caballeros á las ocho, y despues del suculento chocolate, empezaban las audiencias de los colonos, que á ellos acudian en todas sus necesidades. La boda de un hijo, la muerte de un buey ó la falta de simiente para las tierras motivaban visitas y súplicas, de las que no salian jamás descontentos. En cambio, aquellos labradores se resentian cuando sus amos no los tuteaban, atribuyéndolo á falta de cariño; hubiéranse creido insultados si, á cambio de cualquier servicio, se les ofreciera algo que no fuese comer en la cocina de su señor; y por nada en el mundo cederian el derecho de conducir en sus hombres á la última morada los restos de todos los individuos de la señorial familia.

Parecidas relaciones se establecian con los criados, empleados en el interior de las casas; siempre los mismos, y sucediéndose de generacion en generacion. Creíanse partícipes de las grandezas de la familia, y los ancianos las exageraban á los jóvenes, como cosa propia,

llegando así á considerar á sus amos poderosísimos patronos, dignos del mayor respeto. Habia en este género tipos admirables.

No se borrará nunca de mi imaginacion la figura de un simple criado de cuadra que, á fuerza de años y de respetuosos servicios, habia llegado á adquirir el nombre de Sr. Juan. Su fidelidad igualaba á su veneracion, pues se habia imaginado que Dios le habia privado de sus hijos porque le robaban el cariño que á sus amos debia. Manifestábase en una ocasion, por una doncella ambiciosa, el deseo de poseer riquezas, y él la interrumpió exclamando: «No sabes lo que dices; los pobres somos necesarios en el mundo. ¿Quién podria soportar el orgullo de los hombres si no existiesen la pobreza y el dolor?» Esta filantropía práctica, hija del sentimiento cristiano, le granjeaba de tal modo el respeto de todos que, cuando, tendido en su lecho, dormia el último sueño, una persona se deslizaba como á hurtadillas en su cuarto, depositando una lágrima y un ósculo sobre su helada mano. Era su propio señor. ¡Qué mejor holocausto para quien lo tributaba y para quien lo recibia!

VII.

Llevamos referido el empleo de la parte principal de la mañana; completábala la asistencia á misa y un ligero paseo en el Invierno, por una de las dos únicas carreteras del pueblo, que no se extendian á más de media legua.

Llegada la una, quedaba la villa en completa soledad, como un remedo de Pompeya cuando no tiene visitantes. Cerrábanse todas las puertas de las casas, y los pobres, retirados en las suyas, no osaban interrumpir el silencio. Era la hora patriarcal de la comida, encerrada, como un paréntesis, entre dos breves oraciones, dichas generalmente por un estudiante, á quien se daba albergue para que siguiese la carrera eclesiástica.

El alimento era más abundante y suculento que sano ni bien aderezado; pero no se conocia otra cosa, ni se creia que pudiese haberla superior á la sopa de arroz con pedacitos de jamon nadando en grasa, á los dos consabidos cocidos, á la perdiz en salsa con hojitas de laurel, la lamprea cuidadosamente preparada, natillas batidas por la ma-

yor de las señoritas, y fruta escogida por la mañana por las más jóvenes, de la que en el árbol habian picado las avispas, señal indudable de ser la más sabrosa; lo cual no es solo peculiar de la fruta.

El vino, que solo á los papás se permitia, y de que las mamás hacian repetidas libaciones, á pretexto de histerismo, era conducido desde Castilla en los primitivos cueros, que le daban más gusto á pez que á alcohol; pero que deleitaba á gargantas por donde nunca habia pasado el Rhin ni el Tokay, sobre todo cuando pertenecia á la celebrada clase conducida por el arriero llamado Pericañes. Todo esto requeria una larga siesta, y eran ya las cuatro de la tarde cuando se empezaban á abrir los contrabalcones y á volver á los cuellos los corbatines, al reflejo de pequeños espejos, forrados de carton, que en los mismos balcones estaban colocados. Todavía no del todo despiertos, reuníase la familia ante una antiquísima y venerada imágen, alumbrada por dos recamados cirios, tributo que al señor pagaban como recuerdo al volver al pais los que venian á la corte *á ganarse la vida*, segun gráficamente se decia. Un poco maquinalmente, y sin grande uncion, muy difícil de sostener en oracion tan prolongada, rezábase el Rosario, al que seguia la lectura de la vida del santo. Solia suceder que, con intencion de adelantar la hora del paseo, suprimiese la lectora algunos párrafos importantes. No lo

notaban las criadas, á quienes con el murmullo de la lectura las invadia el sueño hasta el punto de que los husos se les cayesen de las manos, pero una tosecilla seca y amenazadora de la mamá solia ser el correctivo de aquel salto de renglones, que ruego al lector no imite con mis pobres escritos.

VIII.

Con los mismos vestidos de percal, llamado entonces *sarasa*, que se habian puesto por la mañana y un pañuelo de seda en la cabeza, dirigíanse al paseo las señoritas principales: una vez en él, agrupábanse en bullicioso corro, como si de todas las flores de aquel pueblo se debiera formar un solo ramillete, para alegrar la vista de los abejorros que las rondaban, aunque lo hacian con cierto disimulo y ellas mostraban no apercibirse de sus obsequios. El vigor de la edad hacía su oficio, entonces como siempre; pero se contenian sus impulsos y no habia en las jóvenes ese mirar descocado y provocativo que me desagrada, hasta el punto de que haya llegado á pensar si será porque ya no puedo ser objeto de él.

El paseo volvia á abrir el apetito, y la tacilla de dulce y el chocolàte restauraban las fuerzas para ir á la tertulia. Celebrábanse éstas, alternando por semanas, en las diferentes casas del pueblo. Bailábase los domingos el *rigodon*, que empezaba á hacer furor, el *wals de la reina de Prusia*, *los cuatro compases* y *media cadena* de la contradanza española, y ter-

minábase con la *greca*, cuyo nudo se rompia siempre inevitablemente; luciéndose en el baile el descotado zapato y la media de seda, único lujo que las niñas se permitian.

Estos bailes tomaban solemne aparato durante dos épocas del año: el dia de San Juan y aquel en que se festejaba á la Vírgen del Portal, que eran las dos grandes fiestas de la villa. Concurrian las amigas, amigos y parientes de los pueblos limítrofes, y todos se apresuraban á ofrecerles hospitalidad y á hacerles agradable la breve residencia.

Improvisábanse honestas recreaciones, soliendo ponerse en escena *Las hermanas generosas*, *El médico á palos* y otras parecidas representaciones, que allí tenian entonces gran novedad, y que alternaban con piezas de música, tomadas de *Tancredi* y de *La gazza ladra*.

Con decir que eran las épocas de arreglo de bodas, dicho se está la animacion y la pequeña intriga que en aquellos dias dominaba la situacion. Tambien reinaba entonces la más rigorosa etiqueta, y gentes que se trataban á todas horas no sabian perdonarse el «Beso á usted la mano, beso á V. la suya, V. lo pase bien y V. descanse», frases todas que resonaban juntas durante media hora al deshacer de la reunion.

Los dias ordinarios era más sencilla la diversion: reducíase al juego de la lotería, con chistes que amenizaban cada número, en los cuales no tenía rival un viejecito verde, per-

teneciente á una familia que por juro de heredad estaba en posesion de ser graciosa; y cuyo padre habia cumplido tan fielmente este deber que murió diciendo *oste* y *moste*, para que no se pudiese decir de él que habia desaparecido del mundo sin decir estas incomprensibles palabras.

Jugábase á la lotería con tal escrúpulo y limpieza, que sería de desear en todas las operaciones de este género; y era bien distinto por cierto de como lo ví practicar diez y ocho años más tarde en Mycono, pequeña isla del archipiélago griego, á donde me arrojó un naufragio y en donde se empezaba á usar este juego, permaneciendo constantemente la bolsa de los números en poder de las niñas, que ganaban siempre y celebraban su destreza con risas y algazaras.

Tambien se permitia de vez en cuando, en la sociedad de mi querida villa, algun juego de prendas, pero con expresa prohibicion del *Cariñito de Cádiz*.

En los ángulos del salon formaban los papás y las mamás—no conociéndose aún el rey de los juegos, el tresillo—sus partidas de bácica, mediator, secansa y solo, y algunos cuya imaginacion no llegaba siquiera á penetrar estos sencillos juegos jugaban al chis, siendo tanta su candidez que, consistiendo este juego principalmente en preguntar ¿Chis? cuando se tiene un as, para que se acierte el palo á que pertenece, habíalos que llegaban

hasta hacer la cuarta pregunta y se maravillaban de que se acertase.

En algunos dias extraordinarios asistíamos los niños á la reunion; y un caballero, ya entonces anciano, que ni al chis jugaba, se divertia en sacarnos de los oidos almendras, que muy pronto metíamos nosotros en la boca.

IX.

De esta manera corrian los años en aquella sociedad sencilla y morigerada; sin ser esto decir que no tuviese sus actos solemnes y sus mundanas vanidades. Desplegábase, por ejemplo, el lujo señorial y salian á relucir los trajes tradicionales, cada vez que un hijo del pueblo, casándose fuera de él, venía con su esposa á tomar posesion de la casa solariega. Todos aquellos hidalgos, que antes dejarian de comer que de tener caballo, salian lujosamente ataviados, luciendo gualdrapas con los colores de sus casas y enormes pistolas de arzon, que solo los nobles tenian entonces derecho de usar; y dada la bienvenida, regresaban en dos filas, llevando en el centro la feliz pareja.

Aquellas familias, viviendo en la abundancia, no poseian grandes capitales, ni hubieran sabido á qué aplicarlos. Dos, que tenian mayores rentas que las demás, hacinaban—segun la tradicion—sus onzas en enormes toneles, y contábanse de esto cuentos de las *Mil y una noches;* siendo lo cierto que nadie dió si-

quiera en envidiarlos, satisfecho cada cual de su fortuna, y sobre todo de su nobleza.

Una de las casas del pueblo ostentaba en su puerta la cadena de asilo, por haber hospedado al grande emperador y rey. Todo en aquella casa respiraba el culto de Carlos I: su silla, su mesa, su cama, se conservaban cuidadosamente hasta hace pocos años en que, con mi intervencion, fueron trasladadas al Museo de artillería de esta corte. En el salon principal descollaba un severo retrato del emperador, con sillones que le daban frente, para que nadie se sentase dándole la espalda. A la entrada del salon estaban colocados cuatro arcabuces, contemporáneos de la visita del gran rey, que terminaron su vida haciendo fuego sobre los franceses, en la guerra de la Independencia; sirviéndoles de tacos allí, como en todas partes, los archivos de nuestra nobleza solariega, siempre leal al rey y á la patria. Parecia como que la sombra del emperador daba austeridad á aquella familia, pues de ella salieron consejeros de Castilla, distinguidos marinos y el último defensor de Veracruz, terror de los insurgentes; sin que por esto las demás familias del pueblo dejasen de contar en el número de sus hijos altos servidores del rey, habiendo en aquel tiempo dos generales. Eran los dedicados á este servicio los hijos segundos, quedando los primeros condenados por la vinculacion á ser administradores de los bienes de su casa, para que todos encontrasen siempre

en ella un centro de union y un apoyo en sus necesidades.

La instruccion de aquellos mayorazgos no era extensa, pero no dejaba de ser sólida. Como ejercicio corporal cazaban, montaban á caballo y manejaban toda especie de armas; y además de las nociones elementales, era la historia su ciencia favorita, y conocian el latin con más perfeccion de lo que ahora lo conocemos; ya porque se creia que el que lo ignoraba estaba privado de sentido comun, ya porque el látigo del austero *dómine* lo habia escrito indeleblemente en su cuerpo.

Las primeras letras estaban encomendadas, en la escuela pública, al anciano Capetillo, cuya hermosa letra de la forma de Torío no pudo jamás trasmitirme; pues si vizcaino era él en su empeño, como en su raza, era más vizcaina mi naturaleza en no permitir que me distinguiese en obras de mano.

Tomábamos de él unos cuantos lecciones privadas, que constituyeron una amistad imperecedera entre los que á ellas asistíamos; amistad que se manifestó muy vivamente en un encuentro que tuve el último 28 de Noviembre, en la fiesta de *leales* dada por los condes de Heredia Spínola; en la que encontré á una de aquellas condiscípulas, que no me permito nombrar porque ¿quién nombra á una señora tratándose de cuarenta años de fecha y, sobre todo, cuando aún conserva la juventud de la hermosura?

La educacion de la mujer no pasaba de las primeras letras y de las labores propias de su sexo, pero llevadas á la mayor perfeccion y comprendiendo todos sus detalles. No habia en las familias más pañuelos que los que ellas hilaban, y hasta el vestido de alepin y la mantilla bordada con que iban á la iglesia eran hechura de sus manos. Yo las he visto dirigir las coladas en los patios y hundir sus brazos en la masa de harina—ménos blanca que ellos—destinada á hacer el pan, mientras los chicos, con infantil alegría, esperábamos el *bollo* que encerraba hermosas sorpresas de fruta.

X.

Tal era aquella sociedad, cuyas principales emociones eran las de la religion y las de la familia. No hay para qué calcular si hemos ganado ó perdido, pues las costumbres no se rehacen á gusto del consumidor.

En las procesiones principales intervenia todo el pueblo; y un viejo cirujano, empuñando una caña que ocupaba todo el ancho de la calle, iba, á guisa de pavero, impidiendo que los sexos se mezclasen y confundiesen. Una nocturna se celebraba, que era bastante original, en la cual tomaban parte varios carros con velas encendidas y colocadas en las astas de los bueyes: en estos carros se vaciaban como ofrenda sendos sacos de trigo ó de maiz para contribuir á los gastos del culto.

Las de Semana Santa eran verdaderas representaciones religiosas al aire libre, y en ellas el predicador hacía maniobrar los *pasos* en la plaza pública, segun lo que su voz iba expresando desde uno de los balcones de una casa principal.

La procesion del Corpus era la más lucida y acompañada, llegando el Santo Carro á la

iglesia materialmente cubierto de flores, y eso que no todas caian en él, pues algunas se retardaban y la *casualidad* hacía que cayesen sobre algun jóven que no era enteramente indiferente á las delicadas manos que las arrojaban.

Eran parte obligada de estas procesiones algunas señoras de edad, solteras y pobres, que recibian pension fija de los caballeros por verdadera caridad cristiana, aunque los malévolos lo atribuian á recuerdos de juventud. Tampoco faltaban á ellas dos tipos de esos característicos que siempre existen en los pueblos: un enano, llamado por antítesis *Mil hombres*, y el modelo más acabado de la exaltacion realista, la famosa pordiosera Cecilia.

XI.

No faltaban personas en la villa que se adelantasen á su tiempo, y para las cuales, aun enmedio de aquellas costumbres, más propias del siglo XVII, el siglo XVIII no habia trascurrido en vano. Unidos en estrecha amistad, llevaban tres jóvenes una existencia distinta de la generalidad: pasaban los dias y las noches encerrados en una gran biblioteca que uno de ellos poseia, y recorriendo numerosos periódicos y libros extranjeros. Mirábaselos con algun recelo, como se mira siempre todo lo que se aparta de la línea general de conducta, y temíase que con las aspiraciones liberales pudiese amenguar su fe religiosa; lo que no se verificó, por su fortuna y la de la patria, en la que ejercieron, andando el tiempo, grande influencia. Uno de ellos sobre todo, dedicado entonces al foro, pasó á la política por los más altos puestos de la magistratura, dejando gloriosa huella en la administracion del pais, llegando á ser poderoso jefe del partido conservador y alcanzando no ménos fama como historiador y publicista.

Otro, que vive aún, es uno de los primeros

eruditos de España, y tanto en los Consejos del Estado como en las Academias, á que pertenece, se celebran sus extensos y variados trabajos.

El tercero, dedicado á ciencias naturales, hizo en ellas importantes descubrimientos, y es en este punto tan conocido en España como fuera del reino.

Estos tres jóvenes, entregados á sí mismos, demuestran que el verdadero genio no necesita, para abrirse camino, grandes maestros ni poderosos estímulos.

XII.

Tales eran los elementos de aquella sociedad hace cuarenta años. Las vicisitudes de una vida agitada me tuvieron ausente de mi villa predilecta, hasta que un deber de gratitud me condujo á ella hace poco tiempo, por haberme concedido en dos ocasiones la distincion más señalada que concederse puede en nuestra época; prueba evidente de que mi nombre no habia del todo desaparecido de allí. Mas como llegase sin anunciarme, me encontré á mi llegada completamente solo: queria ir á todas partes, y no me encontraba bastante autorizado para dirigirme á ninguna; experimentando por primera vez la gran pena de buscar posada allí donde tuvimos nuestro propio nido. Parecióme que el sitio que debia reunir la mayor parte de mis recuerdos y de mis afecciones era el cementerio, y dirigiendo hacia él mis pasos, comprendí que en efecto no me habia equivocado; porque ¿qué es la vida sino la diaria muerte de una ilusion, de un recuerdo, de un afecto? Todos los dias enviamos algo al cementerio; y cuando recibe nuestro cuerpo desanimado y frio, es porque

antes le hemos dado la mejor parte de nuestra existencia. ¡Necio del que cree que se muere una sola vez, cuando vivimos muriendo en cada hora!

Atravesé varias veces el pueblo sin que nadie me conociese, mientras yo reconocia, no solo los sitios, aunque algo variados, sino los rasgos fisonómicos de las familias; siendo los descendientes del soldado aleman de los primeros que se presentaron á mi vista. Pude observar que las deliciosas huertas estaban muy mermadas por las anchas carreteras que habian invadido el pueblo, y que padecian al mismo tiempo alguna sed, porque se habia querido esconder el arroyo, llevándole por un subterráneo, y él, enojado, no se prestaba al riego; ví la antigua residencia imperial convertida en parador de diligencias, y levanté con pena el pesado llamador de su puerta, porque sabía que el eco de mi acostumbrado modo de llamar no encontraria ya corazon en el que resonase.

Encontré el convento de franciscos, salvado por el cariño de aquellos habitantes, que lo habian destinado á oficinas públicas; supe que el hospital y la escuela—perdidas sus rentas—arrastraban una existencia muy miserable, y que era más pobre aún la de las madres clarisas, á quienes hacía mucho tiempo que no se pagaba la prometida pension. Al acercarme al convento encontré á la demandadera Benita, casi ciega y tan oscurecido su

entendimiento que no pude hacerla comprender quién era. Ella, en cambio, me dijo bastante para convencerme de que ya no habia allá dentro manos conocidas que pudiesen ofrecerme los inolvidables ramos de heliotropo que habian inspirado mi fantasía en mis primeros años, como me inspiraba todo lo bueno y lo bello, ni las más sabrosas tacillas de dulce que he gustado en mi vida. Al volver á mi posada, saludé con respeto el *Ecce-homo* que la piedad de mis paisanos conservaba inalterable, y al mirarle me pareció que miraba en él mi propia conciencia.

Súpose poco á poco mi llegada, y continuadas muestras de afecto disiparon las tristes nubes que oscurecian mi imaginacion. Todos querian obsequiarme, y alegaban los parientes su derecho á darme albergue. Necesario fué dejarlos á todos iguales, quedándome en mi apeadero, que era al mismo tiempo fonda y uno de los casinos del pueblo. Preguntéles por qué se habia duplicado el número, allí dónde jamás se habian separado las gentes para nada, y comprendí en la respuesta por qué algunas visitas se marchaban al ver llegar á otras: comprendí que los odios políticos habian separado corazones siempre unidos, si bien para mí todos eran hermanos.

Por la tarde se esmeraron unos y otros en hacerme observar los adelantos del pueblo: quién me mostraba las aceras y los faroles, quién las lujosas tiendas, quién los carruajes

que habia traido de Paris, quién los elegantes trajes de las señoritas que paseaban á orillas del rio, con la gracia y galanura de verdaderas cortesanas.

En el paseo encontré dos antiguos conocidos, que con más de noventa años cada uno se disputaban la supremacía de la edad: el sabio naturalista y el saca-almendras de los oidos: ambos prolongaron su existencia viviendo el uno con la naturaleza y el otro con su humor jovial é indiferente. Al ver al último le presenté el oido: ya no habia almendras. Todo degenera.

Pude, sin embargo, observar que las costumbres se conservaban con bastante pureza, aunque los casinos habian hecho suprimir la siesta y descuidar el Rosario.

Con lo que me restaba de recuerdos, de costumbres y de amistades fuí feliz durante algunos dias.

Hoy, ausente de aquellos restos de mi propia vida, ¿qué me queda? La memoria para recordar; el corazon para sentir; El Tiempo, donde cuento tantos amigos como compañeros, y donde puedo consagrarme á la santa causa de la lealtad y de la abnegacion, y algun benévolo lector, que me haya seguido hasta aquí, y al cual pueda corresponder repitiéndole la tierna despedida de antiguos escritores: *Tú, lector, vale; et juvantem aut certé volentem, ama.*

P. de Jove y Hévia.